

coronel le recibió con una jovialidad que no le era habitual, anunciando que desde entonces ofrecía el juego un nuevo interés, pues iba el caballero de Ménars á darle impulso con su buena estrella.

En efecto: los primeros cortes fueronle favorables como siempre; empero cuando confiado en su invariable fortuna, exclamó: —Va todo lo de la banca,—perdió de un golpe una cantidad considerable; y el coronel por lo común impasible, tanto en buena como en mala suerte, recogía el oro de su antagonista con todas las muestras del placer más vivo.

Desde aquel instante eclipsóse para siempre la buena estrella del esposo de Angela, quien jugaba cada noche y cada noche perdía, hasta que no le quedó más que la suma de unos dos mil ducados en papel. Corrió todo el día para realizarla en metálico, lo que no logró hasta muy tarde, y por la noche, cuando con las monedas en el bolsillo se disponía á salir de casa, Angela que presintió un desastre, se arrojó á sus piés bañándose en abundantes lágrimas, y por la Virgen y por todos los santos del cielo, le suplicó que no la precipitase en la miseria.

El caballero la levantó, y abrazándola con dulzura, le dijo con voz apagada:—Angela, Angela de mi corazón! es ya imposible que me contenga, es menester que siga al destino que me subyuga... Pero, mañana, si, mañana habrán cesado todas tus penas, pues te juro por la Divina Providencia que nos contempla, que hoy juego por última vez. Tranquillízate, mi dulce amiga, duerme y sueña en una existencia muy feliz, que esto me traerá suerte. —Y luego de dichas palabras, abrazola nuevamente y salió precipitado.

En dos cortes lo había perdido todo, todo enteramente. Inmóvil permanecía junto al afortunado coronel, con la mirada fija sobre el tapete, como si estuviera anonadado.—Cómo? No apuntáis ya, caballero,—le dijo su rival barajando los naipes.

—Lo he perdido todo,—contestó el caballero esforzándose en mostrarse tranquilo.

—Es posible que nada enteramente os quede?—repuso, al siguiente corte.

—Ya no soy más que un triste mendigo,—exclamó el caballero con voz colérica y temblorosa, sin separar sus miradas del tapete y no advirtiendo siquiera que la banca iba perdiendo más y más, y que el coronel continuaba jugando sin inmutarse.

—Sin embargo, tenéis una mujer muy linda,—le dijo en voz baja, sin mirarle siquiera y barajando nuevamente.

—Qué queréis decir con esto?—exclamó el caballero con arrebatado, mientras el coronel seguía jugando sin contestarle.

—Van veinte mil ducados por... Angela?—volvió á decir en el mismo tono, soltando por un instante la baraja.

El caballero permaneció silencioso, reanudóse el juego, y como viese que todos los naipes iban siendo contrarios á la banca —Acepto,—exclamó al oído del coronel, al empezar un nuevo corte, y vaya sobre esta sota.

Al primer golpe, la sota había perdido.

Hízose atrás el caballero rechinando los dientes, yéndose á apoyarse en una ventana, con la muerte impresa en el semblante.

Concluyó el juego: el coronel se le acercó y le dijo con voz zumbona: —Y bien: Qué vamos á hacer?

—Ah!—exclamó el caballero fuera de sí,—es cierto que me habéis reducido á la miseria, pero debería tomaros por loco si imaginárais haber podido ganar á mi mujer. Vivimos acaso entre salvajes, ó es una esclava mi esposa, para que en un momento de extravío haya podido vendérmela ó jugármela? Sin embargo, como reconozco que habríais soltado los veinte mil ducados si llega á ganar la sota, renuncio á todo derecho sobre ella, tan sólo si consiente en abandonarme por seguidos. Venos conmigo y desesperaos al ver cómo os desprecia, horrorizada con sólo el pensamiento de convertirse en vuestra infame concubina.

—Desesperaos vos mismo, caballero—repuso el coronel con sardónico acento,—si antes que á mí os desdeña á vos, que habéis labrado su desgracia, y se arroja á mis brazos con deleite... Desesperaos cuando sepáis que se cumplirá nuestro común anhelo, bendiciendo la Iglesia nuestro enlace... Y me llamábais insensato!... Oh! Tan sólo quería el derecho de aspirar á su mano, pues su corazón me pertenece ya hace tiempo. Sí, caballero: antes que á vos me amaba, me amaba con pasión, pues habéis de saber que yo soy Duvernet, su amigo de la infancia, educado con ella, á ella unido con los vínculos del corazón, y separado únicamente gracias á vuestras satánicas seducciones. Sólo cuando partí para la guerra, Angela reconoció lo que valía, y cuando yo lo supe, ya era tarde. El infierno me inspiró la idea de entregarme al juego para arruináros y perderos, os he seguido hasta Génova, y por fin acabo de lograrlo. Ea, pues! Ahora vamos á ver á vuestra esposa!

Permaneció el caballero aniquilado y como herido de un rayo: de repente se desplegaba ante sus ojos aquel secreto fatal que se le ocultaba, comprendiendo la infinidad de sufrimientos que había acumulado en el